



Ángel de Saavedra Rivas

Una noche de Madrid en 1578

Romance Primero
Tres galanes

En el pretil de palacio,
cerca de una casa antigua,
donde hoy estudia sus obras
un esclarecido artista,
van a cumplirse tres siglos⁵
que su palacio tenía
de Éboli el príncipe ilustre,
Rodrigo Gómez de Silva.

Sus magníficos salones
eran de la corte envidia,¹⁰
tanta riqueza y tal gusto
en ellos resplandecían.

Las más espléndidas telas,
hasta aquel tiempo no vistas,
que nuestras naves gloriosas¹⁵
transportaban de la China,
adornaban sus paredes

del friso hasta las cornisas,
y eran en sus balconajes
pabellones y cortinas.²⁰

Los portentos del Ticiano
y los que el arte prolija
de la b\u00e9lgica paciencia
\u00e9mula de aqu\u00e9l tej\u00eda,
escaleras, antesalas²⁵
y corredores vest\u00edan,
pareciendo sus figuras
figuras de bulto y vivas.

Sobre ricos escritorios,
cuyas puertas embutidas³⁰
de concha y n\u00e1car formaban
un laberinto a la vista;
y sobre mesas de m\u00e1rmol
de las sierras granadinas,
de mosaicos de alto precio,³⁵
de maderas exquisitas,
juguetes de filigrana
primorosos reluc\u00edan,
y b\u00facaros olorosos
de las espa\u00f1olas Indias.⁴⁰

En aquel siglo en Europa
iguales no conoc\u00edan
sus carrozas y caballos,
ya de tiro, ya de silla.

Y en joyas, galas y plumas,⁴⁵
jarrones de oro y vajillas,
los de un pr\u00edncipe de Oriente
sus repuestos parec\u00edan.

Pero el tesoro m\u00e1s grande
que en aquel palacio hab\u00eda,⁵⁰
pasma, prodigio y asombro
de la corte de Castilla,
era el de la gran belleza,
el de la gracia expresiva,
el del claro entendimiento,⁵⁵
el de la alta gallard\u00eda
de la esposa de Ruiz G\u00f3mez,
de la princesa divina,
diosa de aquel rico templo,
sol de aquella esfera y vida.⁶⁰

*

Tres distintos personajes
a diversas horas iban
a rendirle obsequio o culto,
a conquistar su sonrisa,
ardiendo sus corazones,⁶⁵
aunque de edades distintas,

en el delirante fuego
que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno,
de edad cascada y marchita,70
macilento, enjuto, grave,
rostro como de ictericia;
ojos siniestros, que a veces
de una hiena parecían,
otras vagos, indecisos75
y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales
de meditación continua,
huellas de ardientes pasiones
mostraba en frente y mejillas.80

Y escaso y rojo cabello,
y barba pobre y mezquina
le daban a su semblante
expresión rara y ambigua.

Era negro su vestido,85
de pulcritud hasta nimia,
y en su pecho campeaba
del Toisón de Oro la insignia.

*

Era el otro recio, bajo,
de edad mediana, teñían90
sus facciones de la audacia
las desagradables tintas.

Moreno, vivaces ojos,
negros bigote y perilla,
aladares y copete,95
boca grande, falsa risa;
formando todo un conjunto
de inteligencia y malicia,
con una expresión de aquellas
que inquietan y mortifican.100

Lujoso era su atavío,
mas negligente, y tenían
no se qué sus ademanes
de una finura postiza.

*

El último era el más joven,105
de noble fisonomía,
pálido, azules los ojos
con languidez expresiva;

castaño claro el cabello,
alto, delgado, muy finos110
modales, y petimetre
sin dijes ni fruslerías.

Ser un caballero ilustre,
de educación escogida,

cortés, moderado, afable,115
mostraba a primera vista.

*

El primero iba de noche:
desde que desaparecían
los crepúsculos de ocaso
en las montañas vecinas,120
hasta que las altas torres
de la coronada villa
recordaban los sufragios
de las ánimas benditas.

Por la mañana el segundo125
frecuentaba su visita,
cuando no estaba en su casa
Rodrigo Gómez de Silva.

El tercero entraba en ella
sin hora ni época fija,130
pero siempre que encontraba
alguna ocasión propicia.

*

Y la gallarda princesa,
la discreta, noble y linda,
¿por quién de ellos?... Por ninguno;135
cual la estrella matutina
era su alma pura, como
el sol su inocencia limpia.
Mas lo que pasa en el pecho
sólo Dios lo sabe y mira.140

Cuando la princesa estaba
en la presencia aflictiva
del primero, miedo helado
por sus venas discurría.

En la del segundo, grave145
se mostraba y aun altiva,
pero inquieta y recelosa,
midiendo sus frases mismas.

Y con el tercero estaba,
aunque silenciosa, fina,150
y sin temor ni recelo,
pero triste y discursiva.

*

El rey Felipe Segundo,
a quien España se humilla,
es el galán misterioso155
de las nocturnas visitas.

El segundo, Antonio Pérez,
secretario que tenía
del rey estrecha privanza,
cual brazo de sus intrigas.160

Juan de Escobedo, el tercero,

amigo en quien deposita
el insigne don Juan de Austria
sus secretos y su estima.

Romance Segundo
La meditación

De Madrid el regio alcázar165
triste y mezquino era entonces,
donde hoy el palacio nuevo
ostenta su inmensa mole.

De ladrillo y berroqueña,
y en cada esquina una torre,170
era albergue poco digno
de los reyes españoles.

Ni el arco ni la armería
cerraban la plaza, donde
hoy se forma la parada175
para los regios honores;

pues hasta el margen del río,
de menos caudal que nombre,
ásperas cuestas mediaban
entre viejos murallones.180

*

Una tarde sosegada
de abril, cuando al horizonte
entre dorados celajes
y entre ligeros vapores

el claro sol descendía,185
dando lugar a la noche,
de quien los luceros daban
ya en Oriente resplandores;

del tal ya olvidado alcázar,
en uno de los balcones,190
se descubría de lejos
vestido de negro un hombre,
que en la baranda apoyado,
al Occidente encaróse,
gran rato permaneciendo195
en una actitud inmóvil.

Era Felipe Segundo,
que, de altas meditaciones
políticas fatigado,
a respirar asomóse.200

Y con los ojos siguiendo
al sol, ya poniente entonces,
varios pensamientos llenan
su mente, en que cabe el orbe.

*

Lo primero que le ocurre²⁰⁵
es que el astro que se pone
aún ilumina radiante
a la lusitana Corte.

A la cabeza del reino
que la desventura enorme²¹⁰
de una expedición guerrera,
tan cristiana como noble,

bajo su dominio ha puesto;
y sagaz discurre sobre
los medios de asegurarse²¹⁵
diadema de tal renombre.

tomando más largo vuelo
su imaginación veloce,
salva los inmensos mares,
y sigue al sol, que traspone²²⁰

para llevar luz y vida
a las ignotas regiones,
en que gloriosos ondean
estandartes españoles;

y al pensar que en cuantos climas²²⁵
visita el astro y recorre,
vasallos suyos alumbra,
en su grandeza gozóse.

*

Pero, tornando en sí mismo,
el vuelo altivo recoge,²³⁰
y su vanidad se estrella
en siniestras reflexiones.

Al ver los celajes densos,
que de la esfera borrones,
del sol el descenso aguardan²³⁵
para ofuscarle, latióle

el pecho agitado, y dijo:
«Del mismo modo los hombres
a que un rey decline esperan
para tragarlo feroces.»²⁴⁰

Se le figuró el gran astro
cadáver, que de vapores
con la mortaja, se hundía
en la tumba de los montes;

Y recordando que todo²⁴⁵
la muerte lo traga y rompe,
retembló, y de sudor frío
su rostro seco bañóse,

y tornó la vista a Oriente,
ya dominio de la noche,²⁵⁰
el espectáculo huyendo
que el ocaso presentóle.

Notó allí varios luceros
relucir, y sonrióse
amargamente, exclamando²⁵⁵
con hondas e internas voces:

«Si la majestad declina
y su resplandor se esconde,
¡qué ufanos su pobre brillo
muestran vulgares señores!»²⁶⁰

*

También aparta los ojos
del Oriente, hallando donde
quiera que los revolvía
desengaños o temores.

Y de Éboli en el palacio,²⁶⁵
que estaba cerca, los pone,
y sin intento los clava
en sus abiertos balcones.

Por ellos juzga que advierte
dos bultos en los salones:²⁷⁰
uno blanco y de señora,
el otro oscuro y de hombre.

Y un agudo grito lanza,
su rostro se descompone,
y las tinieblas maldice²⁷⁵
de la ya cerrada noche.

Los ojos baja, y a Pérez
viendo que se acerca, entróse,
cerrando el balcón maldito
con recio y violento golpe.²⁸⁰

Romance Tercero El secreto

En un oscuro aposento
que solamente alumbraban
las luces de dos bujías
en candeleros de plata,
donde tiene su despacho²⁸⁵
el augusto rey de España,
y donde a pocas personas
se les permite la entrada,
a su secretario Pérez
Felipe Segundo aguarda,²⁹⁰
pues que llegó a conocerle
al atravesar la plaza.

A los muy pocos momentos
cruje y se abre la mampara,
y Pérez entra en silencio,²⁹⁵

y mudo a su rey acata.
Éste afable le recibe,
que se le aproxime manda,
y en conversación secreta
dijéronse estas palabras:300

*

R. -Mi hermano don Juan (al cabo
es bastardo y esto basta)
con su ambicioso manejo
va a precipitar a Holanda.

S. -Su poder allí es temible.305

R.- Yo, Pérez, no temo nada;
todos sus pasos vigilo
y sé cuanto piensa y habla.

S.-Vuestra comprensión inmensa...

R.-Y mi poder. Confianza310
tiene en don Juan de Escobedo.

S.-Es de sus planes el alma.

R.-Recibe sus instrucciones.

S.-También recibe sus cartas.

R.-Y en una cartera verde,315
que jamás del seno aparta,

Las lleva... Las necesito.

S.-Pues no es cosa fácil... R.-Nada
a mi poder es difícil.

¿Y juzgas, Pérez, que trata320
con la princesa estas cosas?...

Las discretas, o son falsas...
o se alucinan... S.- No creo
que una señora tan alta...

R.-Y tan bella y entendida...;325
pero Escobedo en su casa
entra de oculto... Esta noche...»

Siguió el Rey en voz tan baja
hablando a su secretario,
y con expresión tan vaga,330
que adivinar no es posible
cuáles fueron sus palabras.

*

Palabras que escuchó Pérez
con una zozobra extraña,
con el pecho palpitante335
y con la faz demudada.

Y al callar el rey, le dijo:
«Vuestra Majestad lo manda,
y es para mí ley suprema
su voluntad soberana.340

»Mas, señor... Si por escrito,
una orden vuestra firmada,
o la firma solamente...

Con sólo la firma basta.»

Dio un paso atrás, furibundo,345
al escucharlo el monarca,
y lo fulmina y aterra
con dos ojos como brasas.

Pérez que se abiera el suelo
quisiera bajo sus plantas,350
y que en aquel punto mismo
lo confundiera y tragara.

Cuando, de pronto, Felipe,
con una sonrisa amarga
y el desprecio con que mira355
un feroz tigre a una rata:

«Dices bien -prorrumpe-, amigo;
toma, que la empresa es ardua...»
Y escribiendo cuatro líneas
en un papel, se lo alarga.360

Temblando lo toma Pérez,
y va a partir; mas le traba
el brazo con mano dura,
más dura que unas tenazas,
el rey; en su helado rostro365
ojos del infierno clava,
diciendo: «Secreto, y priesa,
y yo soy quien te lo encarga.»

Marchó Pérez, y Felipe,
tomando el estoque y capa,370
salió sólo, y dirigióse
de la Princesa a la casa.

Romance Cuarto La cartera verde

En su magnífico estrado
¡cuán gallarda, cuán hermosa
brilla la persona ilustre375
de doña Ana de Mendoza!

De seis candelas de esperma
que un candelabro coronan,
do recorta y abrillanta
la luz cinceladas hojas,380
al resplandor aparecen
su tez de nieve y de rosa,
de oro puro sus cabellos,
claros luceros sus joyas.

Sentada en un taburete385
el brazo ebúrneo coloca
en un velador cuadrado,

que cubre persiana estofa,
y en que matizadas flores
dan al ambiente su aroma,390
en vasos de porcelana
de extraño barniz y forma.

*

Enfrente de la princesa,
en un sillón de caoba,
de los primeros acaso395
que se usaron en Europa,
está Felipe Segundo,
procurando a toda costa
de amable y franca dulzura
dar el aire a su persona,400
y después de varias frases,
de mera etiqueta todas,
y de discretas razones
de cortesana lisonja:
«Al anochecer -prorrumpe-405
¿habéis tenido, señora,
alguna visita?» Y clava
los ojos, cual de raposa,
en el pálido semblante
de doña Ana de Mendoza,410
que responde, balbuciente:
«No, señor...; he estado sola.
»Mi mayordomo, un momento...»
No dijo más, y a la boca
del rey, que nada contesta,415
sonrisa infernal asoma.

*

Tras un rato de silencio
que a doña Ana se le antoja
un siglo, se alza Felipe;
un laúd templado toma,420
y galán se lo presenta,
diciendo: «Tened, señora;
dad vida al callado ambiente,
encadenad mi alma toda.»
La princesa, obedeciendo,425
las cuerdas pulsa sonoras,
y melancólicos tonos
sin concierto alguno brotan.

*

El rey, lento, se pasea
por la estancia, dando poca430
atención a lo que escucha,
que otras ideas le acosan.
Y, aunque gran sosiego finge,
es su inquietud bien notoria,

y que habla consigo mismo⁴³⁵
en su semblante se nota.

La princesa lo conoce,
y trasuda y se acongoja,
pidiéndole a Dios de veras
que la visita sea corta.⁴⁴⁰

Al balcón el rey se acerca,
y lo abre, inquieto; se asoma,
y se retira, y escucha;
y sin cerrarlo, lo entorna.

Entra la brisa en la sala,⁴⁴⁵
agita las luces todas,
y a su ondulación parece
que todo se mueve y borra,
y que el aposento tiembla,
y que, en fantásticas formas,⁴⁵⁰
los muebles y colgaduras
ya se alargan, ya se acortan.

«Señor -dice la princesa-,
¿el viento no os incomoda?
Está hartos fresca la noche,⁴⁵⁵
cuidad más vuestra persona.»

Iba a responder Felipe,
cuando a las ánimas tocan
las campanas, y en la tierra
con gran devoción se postra.⁴⁶⁰

Lo mismo hace la princesa;
en silencio entrambos oran,
se santiguan y levantan,
y el rey, mudo, a escuchar torna.

*

Se oye un rumor a lo lejos,⁴⁶⁵
y como un grito; se azora
la dama, y dice: «¿Qué suena?»
Y el alma deshecha y rota,
va hacia el balcón. Mas Felipe
lo cierra de pronto, y ronca⁴⁷⁰
la voz: «Nada ha sido -dice-,
el rumor de alguna ronda.»

De mármol queda doña Ana,
el rey clavado en la alfombra,
y todo en hondo silencio⁴⁷⁵
y en quietud la estancia toda.

*

Llega un paje, anuncia a Pérez,
y entra Pérez. Su persona
es más siniestra que nunca,
más descompuesta su ropa.⁴⁸⁰

Es su semblante de azufre
entreabierto trae la boca,

y tiemblan sus miembros todos,
grande agitación le agobia.

Desconcertado, en secreto⁴⁸⁵
dice al rey palabras pocas,
y de terciopelo verde
le da una cartera. Toma
la cartera el rey, la mira
y en contemplarla se goza,⁴⁹⁰
mostrando su faz el gusto
que en su corazón rebosa.

También la ilustre princesa
la mira, y la mira ansiosa;
la reconoce, y advierte⁴⁹⁵
de sangre en ella una gota;
de sangre fresca, y de sangre
ve en la mano temblorosa
de Pérez alguna mancha,
y en sus puños y valona.⁵⁰⁰
Y da un profundo gemido;
su cabeza se trastorna,
y exánime y desmayada
en un sillón se desploma.

Romance Quinto

El cadáver. El fugitivo. El muerto

A la mañana siguiente,⁵⁰⁵
cuando fue devoto pueblo
a oír la misa del alba
de Santa María al templo,
en aquella corta calle,
más bien callejón estrecho,⁵¹⁰
que por detrás de la iglesia
sale frente a los Consejos,
se halló tendido un cadáver,
de un lago de sangre en medio,
con dos heridas de daga⁵¹⁵
en el costado y el pecho.

Pronto fue reconocido
por el de Juan de Escobedo,
del insigne don Juan de Austria,
secretario y camarero.⁵²⁰

Y como aún, rico, ostentaba
la cadena de oro al cuello,
y magníficos diamantes
en los puños y en los dedos,
que obra no fue de ladrones⁵²⁵
se aseguró, desde luego,

el horrible asesinato
que a Madrid cubrió de duelo.

*

Fugitivo a pocos meses
Antonio Pérez, el reino⁵³⁰
de Aragón turbó con bandos
y desastrosos sucesos;
y condenado y proscrito,
pobre, aborrecido, enfermo,
murió en la mayor miseria⁵³⁵
en países extranjeros.

*

Y después de algunos años,
al rey Felipe, ya viejo,
arreatóle la muerte
a dar cuenta al Ser Supremo.⁵⁴⁰
dónde se habrán encontrado
los tres, tan sólo saberlo
puede Dios, mas yo imagino
que habrá sido en el infierno.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario